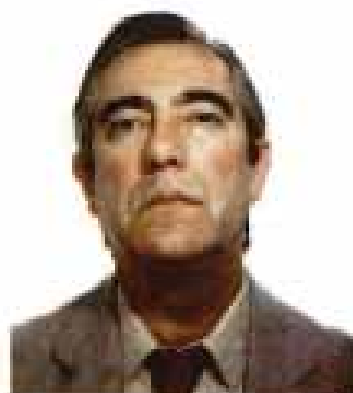


LA INVENCION DE LA AUTO-PISTA

Aunque a ustedes les parezca mentira, la autopista la inventó un amigo mío de Cuenca, de apellido Cañas y de nombre Luis, allá por los años cuarenta, cuando apenas contábamos once o doce años.

La cosa fue así, si la memoria no me falla. Teníamos la costumbre de ir los domingos a pescar cangrejos, a patita, naturalmente, a ciertos bellos y escondidos parajes del río Júcar, por donde sólo había águilas, piedras, hierba, pinos y silencio. Aún podría parecer aquello el siglo XV o anteriores, muy distinto a lo que hoy es vertedero de papeles, latas de conserva sin conservas, colillas de puro y botellas de colas diversas. Bien, a lo que iba. Es decir, como iba diciendo, caminábamos por la antigua carretera y a cada poco nos llenaba de susto y polvo un coche o una camioneta de ademanes toscos y rurales, que nos obligaba a caer en la cuneta con más frecuencia de la deseada. Mi amigo Cañas, harto de tanto respingo dijo en voz tonante e inconscientemente convenci-



JOSE LUIS COLL

do: «¡Coño, por qué no harán una carretera para los que van y otra para los que vienen!»

Y aquello, que no era otra cosa, sino la auto-pista, nos hizo reventar de risa durante varios días. A nadie se le podía haber imaginado tamaño despropósito. ¿Cómo se iba a construir una carretera doble, para abastecer ambas direcciones? Aquello parecía un despilfarro laboral y monetario de tal tamaño, que nos hizo

rodar por suelo, apretándonos los ijares para no fallecer de hilaridad. Y durante muchas semanas, e incluso meses, celebrábamos la ocurrencia como uno de los más grandes disparates que hayan podido salir de mente calenturienta.

Y ya ven lo que son las cosas. La realidad supera a la fantasía. No tuvo que pasar demasiado tiempo, para lo que fue motivo de festiva mofa, se hiciera internacional realidad. E incluso diera en el verdadero quid de la buena y lógica circulación, pues es innegable que la auto-pista, aun con todos los ries-

gos de peligro que conlleva cualquier tipo de carretera, es la vía de salvaguarda menos mala de todas las conocidas, amén del ahorro que supone en tiempo.

Esta anécdota me ha hecho pensar que a veces la vida nos enseña muestras de cosas que nos parecen puro disparate y que, apenas unos pasos adelante, aquello se iguala, se supera y hasta se olvida. No está muy lejano en mi recuerdo, ni en el de tantos millones de personas colegas de edad, lo absurdo e inimaginable que considerábamos mirar una pantallita, y en ella ver lo que estaba hablando o haciendo un señor a mil kilómetros de distancia. Era algo de difícil digestión para una inteligencia normal, porque no se le hallaba la menor explicación entendible. Y ahí está: la tele, que, en bastantes ocasiones, ya se la mira con fríos bostezos.

Y de igual manera que aquella barbaridad que imaginó mi amigo Luis, hoy son las autopistas. Yo me pregunto ahora cómo serán las carreteras del futuro, cuando las carreteras de ahora sean meras antiguallas.

Y no, no me digan ninguna barbaridad, porque puedo tomar copia y mostrárselas hechas tal cual en un futuro quizá no demasiado lejano.